



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12458

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

## Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 16 DE MAYO DE 1903

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casanaria 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Al año justo

No, no lo olvidamos. Precisamente la fecha de mañana es de las que se recuerdan con gusto. En la historia de Cartagena marca un feliz momento; en el desarrollo de la población un salto de gigante.

Mañana hará un año que se empezó el derribo de murallas; la piqueta impulsada por el robusto brazo del obrero, puso punto final a la campaña de un pueblo que se aprestaba decidido a reconquistar su salud perdida.

Frescas están en nuestra mente las notas de aquel día memorable, día de gran fiesta, como todas aquellas que señalan sucesos grandiosos y felices.

Bien de mañana los vecinos engalanaron sus balcones; los sujetos vivos colores rojo y guardo flameaban en todas las fachadas; las calles se cuajaron de gente; la animación era grandísima y a las nueve salía de la Casa Consistorial el ayuntamiento, como nunca ha salido a la calle de nutrido.

Precedido una sección de guardias civiles a caballo, la brigada de zapadores con sus herramientas, los agentes del municipio, los alguaciles y clarineros de la corporación, é iban con el alcalde, asociándose a la general satisfacción, las autoridades de marina y ejército.

Los que presenciaron la llegada de la comitiva a las puertas de Madrid, y recuerdan el acto solemne en que el alcalde arrancaba la primera piedra, ya sean cartageneros o hayan vivido mu ho tiempo en Cartagena sufriendo los rigores de la insalubridad, no olvidarán no, el hermosísimo espectáculo que ofrecía la muralla, atacada á la vez en toda la extensión de su perímetro por multitud de obreros.

Ha pasado un año y ya no queda nada en el lugar donde se inauguró el derribo. El lugar que ocupaban las puertas de Madrid lo ocupa hoy el acceso a la plaza de España. Desde dichas puertas hasta el Parque ha caído el muro y se está demoliendo del Parque hacia allá.

Los que sin conocer la labor hecha no la material, aunque es muy grande—la preparatoria, ven como avanza la demolición, no pueden considerar en ella nada de extraordinario. Los que la conocemos sí; la vemos y nos admiramos; porque para que haya caído la muralla ha sido precisa labor de titan, enérgica, porfiada, constante, realiza ta en algunos momentos sin saber como se iba a realizar el milagro, pero sin dudar que se realizaría.

Y se ha realizado. La voluntad de varios hombres, coincidiendo en el momento y la ocasión, venció el último obstáculo y cayó la muralla.

Al recordar hoy aquella fecha y al ver a la ciudad libre del cinturón de piedra que la ahogaba, recordamos también al alcalde don Angel Bruna, que le cupo la honra de romperlo, y le reiteramos nuestra felicitación.

## DESDE MADRID

Sr. Director.

Muy señor mío: Estamos en pleno invierno, y los que se lanzaron á comprar sombreros de paja y á disponer de los abrigos hacen un tristísimo papel. Cerrados los teatros de primera fila y fijos los circos, las noches que debieran ser primaverales resultan aburridas y hay que refugiarse en los casinos y en el género chico.

Una ó dos horchaterías han tenido el atrevimiento de abrir sus puertas, y produce verdaderos escándalos ver á las horchateras con falda de percal planchada.

Para que la decoración sea armónica y de pleno Diciembre, principia á moverse la política, y con la apertura de las Cortes vol-

verá eso que ha dado en llamarse animación en los círculos.

Los instrumentos de gobierno conocidos están bastante desorganizados. Los liberales no andan muy conformes: Montero y el marqués de la Vega de Armijo apenas si se entienden; Moret reclama su libertad de acción, y Romanones constituye una fuerza que también tiene pretensiones de independencia.

Los conservadores tampoco han resultado tan unidos como se esperaba, y Villaverde, Silvela, Pidal y Maura, aunque estén compenetrados en un pensamiento, no encuentran forma de demostrar al público la sinceridad de su unión.

Todos hablan de regeneración, como si la regeneración se improvisase y fuera tan sencillo ir á regenerarse como ir á bañarse.

Muchas veces lo he dicho, y lo repito una más: querer en días rectificar los efectos de la mala conducta seguida en muchos años, es una ilusión, de la que están viviendo todos los partidos y todas las agrupaciones sociales, desde los ácratas hasta los carlistas.

Todo se quiere improvisar, y ni la revolución ni la dictadura arreglan en semanas lo que se ha desorganizado en muchos años.

Esto podrá parecer niño á los que me lean; pero tengo la pretensión de creer que no es más que la expresión del buen sentido y de la frialdad con que se mira la política cuando se está tan distanciado como yo de todos los partidos militantes.

De política extranjera, lo único que hay importante es el viaje del rey de Inglaterra, que puede tener consecuencias si el «statu quo» en Marruecos llega á quebrantarse; consecuencias desagradables para España, que vive en tal aislamiento, que, en una forma ó en otra, vendrá á pagar los vitrios rotos.

De lamentar sería, que siguiendo la constante tradición de nuestro carácter aventurero, nos dejásemos lanzar por caminos que podrían ser tan populares como tristes.

No hay que olvidar cómo la opinión nos empujó á la guerra con los Estados Unidos, y lo que esto nos cuesta y todavía nos costará.

No todo ha de ser política. El «Portero del Observatorio», cuya copia de firma autoriza Juan Valero de Tornos, con quien me unen algunas relaciones, en una de sus «Crónicas retrospectivas» de «El Liberal»

decía hace días, hablando del estreno de «El Gran Galeoto»:

«Entonces un periodista ilustre, un crítico de gran mérito, por desgracia desaparecido de entre nosotros, Isidoro Fernández Florez—Fernanfior, que se decía en aquella época—dirigiéndose á poetas, autores, periodistas, aristocracia, clase media y pueblo, decía:

—¿Qué recompensa mereco el genio?»

«Han pasado veintidós años, y como la gloria de Echegaray y el entusiasmo que por él siente el público hace ya mucho tiempo no caben en el teatro, no me explico cómo ya no se ha dado á D. José una prueba pública del aprecio, el respeto y el entusiasmo que por él siente el público, que tantas veces ha sabido conmovir; una prueba pública, que sea algo así como lo que se ha hecho con Quintana y con Zorrilla en España, y con Victor Hugo en Francia. Nadie menos autorizado que un Portero para tomar iniciativas; pero no faltará quien recoja la idea, y venciendo la modestia del político, del hombre de ciencia y del poeta, logre antes ó después que cristalice en una manifestación todo el entusiasmo y el respeto que Echegaray ha sabido inspirar.»

Efectivamente, la idea ha sido recogida: primero el «Heraldo de Madrid», y luego «El Imparcial», el «Diario Universal» y otros periódicos han apoyado el pensamiento, y sería muy hermoso que la prensa española fuese la encargada de dar vida y de organizarse en honor de Echegaray. No sólo la prensa madrileña, sino toda la española. Y si ese periódico estuviese de acuerdo con el pensamiento, además de apoyarlo en sus columnas dedicándole algún artículo, podría escribir al «Portero del Observatorio» en la redacción de «El Liberal», de Madrid, manifestando su conformidad con la idea, con objeto de que aquí entregara todas las adhesiones que reciba á la Comisión que parece que se está constituyendo.

Por más que el iniciador del holocausto á Echegaray sea una personalidad literaria tan insignificante y tan modesta como el «Portero del Observatorio», hay que reconocer que la cosa ha caído bien.

Sorá de desear que, como tantas cosas españolas, no quede ésta en proyecto, lo que seguramente no sucederá si toda la prensa toma con interés el asunto.

La primavera en Madrid, que suele ser alegre, este año—y hay que volver á hablar

del tiempo—se presenta tristonza, por el frío y por el agua; siguiendo así, ni en las carreras de caballos, ni la continuación de las fiestas de San Isidro, ni la carrera de automóviles tendrán resonancia; pero, en fin, lo que podemos perder en alegría lo hemos ganado en la mejora del porvenir de las cosechas.

Mientras no sea posible lograr lo que quería Gedeón, de que lloviese sólo en el campo, en la ciudad, aunque nos quite animación, debemos alegrarnos de la lluvia.

García-Fernández

## CURIOSIDADES

### La carrera del Krompich

Relata el «Newtasty», de Atenas, que cuando recientemente el príncipe heredero de Alemania y su hermano visitaron á Delfos, apenas hubo el príncipe real entrado en el antiguo estadio, se le ocurrió dar una carrera en aquel mismo lugar que tantas ha presenciado en la antigüedad.

Dicho y hecho, el krompich se quitó la chaqueta, se remangó los pantalones, é invitando á las personas de su séquito para que le imitaran, echó á correr.

El príncipe dió por tres veces la vuelta al «estadio», y fué el primero en llegar al poste indicador de la meta.

### Casamiento regio

Se anuncia en Londres el casamiento del príncipe Andrés de Grecia, cuarto hijo del Rey Jorge III, con la princesa Aloia de Battenberg, hija del príncipe Luis de Battenberg y de la princesa Victoria de Hesse que es hermana del gran duque Luis de Hesse, de la gran duquesa Sergia, de la princesa Enriqueta de Prusia y de la emperatriz de Rusia.

El novio cuenta veintinueve años de edad y la novia diez y ocho.

### Una máquina infernal

La policía de Nueva York descubrió entre los equipajes de los pasajeros embarcados para Liverpool en el transatlántico «Umbría» una caja con una gran cantidad de dinamita, provista de un aparato de relojería, que funcionaba al hacerse el descubrimiento.

Este se hizo á consecuencia de una carta que recibió la policía, en la que se le informaba del hecho, atribuyéndolo á una Sociedad secreta de la Maffia, que se había

brillante, un partido tan ventajoso; he desobedierto que ama sin consultarme, sin el consentimiento de sus padres! Ama, ¿ama, y á quién? ¿lo adivináis?

El propietario no le acertaba, y al parecer, no tenía ni aun esperanzas de poderlo hacer.

—¿Mas qué digo! gritó el padre traspartado de cólera; ¿quién podría adivinar semejante bajezal ama á un... no puedo pronunciar esta palabra, á un... periodista! amigo mío, un periodista, un miserable periodista, un folletista, un libelista! ¿Sabéis lo que es un periodista, amigo mío? es un hombre que vive de injurias, de caricaturas y de columbias, para quien nada es sagrado, que se burla de vuestra mujer, de vuestra nariz, de vuestra pelusa, de vuestros discursos, de vuestras acciones, de vuestras dolencias; que no ve en un suceso más que lo bueno que le proporciona; que descubre vuestros más íntimos secretos para mofarse de ellos, que forma juicios sobre los desastres equivocados sobre la peste, echanzas sobre vuestra muerte, á gacotillas á vuestro entorreo; un monstruo, por último, que debería desaparecer de la unión social; preferiría dar la mano de mi hija á un galeoto, sí, señor, á un galeoto, antes que casarla con un periodista!

—Del mal en menos, pensó Mr. de Lerville; ahora me falta saber á quién va á desdefiar el periodista; y aun estaba bien decidido á no comprar esta casa, de-

mostró al dueño su deseo de visitar las otras habitaciones.

El propietario pareció confuso.

—Es enteramente la misma distribución, dije con embarazo.

Mas viendo á Mr. de Lerville dispuesto á subir hasta lo último, añadió:

—Dispensadme, voy á decir al portero que os acompañe hasta arriba, si me lo permitís... Porque en el tercer piso... vive una... persona... con la que estoy un poco refido, y que me conviene ver en este momento; pero puedo decirlo, continúa confidencialmente; es la viuda de un maestro de obras que quería casarse, ¿me entendéis? Es bastante bonita, es verdad, y no carece de fortuna; pero, como podéis comprender, un presurador, un hombre dado á los negocios como yo, no debe reemplazar á un maestro de albañil.

Admirado de este desprecio tan inesperado, Mr. de Lerville sintióle abandonarse su seriedad, y para disimular su risa, subió rápidamente la escalera del piso tercero, sin escuchar al propietario, que le gritaba esperase á su gaita.

Edgar se detuvo pocos instantes en casa de la viuda del maestro de obras. Esta visita no ofreció nada de particular, á excepción de una papalina de seda azul celeste y un collar de coral, que la viuda se había pues-

llegar á la orilla, allí sacudirse, secarse bien, y descubrir... ¡una isla desierta!

Mr. de Lerville se hubiera complacido en esta observación, pero era imposible en este momento; le fué preciso avanzar más aun hacia el joven para ver en su mirada si merecía que se inquietase por su pensamiento.